

## ENTORNO A LOS VIAJEROS BRITÁNICOS EN LAS CANARIAS

Tal como prometí en el número 50 de la serie VIAJEROS POR LAS ISLAS CANARIAS que iba a finalizarla con un reportaje general sobre los viajeros ingleses, lo hago ahora realidad. Estos se trasladaban al Archipiélago en el tardío victorianismo y eduardismo mezclados con los turistas. Los primeros eran unos visitantes cuyas estancias estaban motivadas por la movilidad. No permanecen en un lugar para “descansar”, sino que entre sus intenciones estaba el trasladarse de un lugar a otro con el ánimo de conocer, en busca de la observación, tanto de lo pintoresco del lugar como su civilización, aunque en muchas ocasiones con algunas incomodidades. Acompañados de unos guías locales, de un cuaderno de notas y una pluma registran sus emociones, sus impresiones. Fotografiaron a través de su mirada sabia, algunos de una manera minuciosa, el estado de las costumbres, tradiciones, formas de ser de los isleños, el estado de las ciudades y los pueblos, etc. En ese sentido, nos legaron unos escritos de gran valor para la historia social del pasado de Canarias, entre otras razones, porque el estudio de las costumbres, mentalidad y condiciones sociales de los habitantes de las Islas apenas ocuparon la atención de los mismos isleños. Es la literatura de viajes que con todo derecho forma una parte importante de la narrativa inglesa y por añadidura de nuestro legado histórico. Sus autores son los que han marcado la tradición viajera del pueblo británico. Todo lo contrario al turista, cuyo objetivo era permanecer en un lugar fijo y disfrutarlo, aunque entonces la mayoría era por problemas de salud, se trataba de un turismo terapéutico.

Los motivos de la visita de los viajeros fueron múltiples. Los hubo que viajaron por razones estrictamente religiosas, es decir, para realizar un trabajo eclesiástico concreto. Tal fue el caso del miembro de la *British and Foreign Bible Society*, el reverendo Charles Baker. No obstante, no fue el único pastor protestante que visitó las Islas. Con la expansión y consolidación del Imperio británico crecen los asentamientos de colonos en todos los confines de la tierra y consecuentemente aumenta el número de misioneros, comerciantes y oficiales en los dominios imperiales, de representaciones consulares a lo largo de los tres continentes (Asia, África y América) que aprovecharán su estancia en los puertos canarios para visitar la ciudad y si la estadía lo permitía visitar el interior de las Islas. William Hadfield, residente durante muchos años en Brasil, secretario de la *General Steam Navigation Company* en Sudamérica, aprovechó una de sus estancias en Santa Cruz para escribir sobre la capital. El galés John Whitford, un comerciante en la costa occidental africana, visitó Tenerife en varias ocasiones durante sus viajes comerciales en la década de los setenta del siglo XIX y se da el hecho curioso de que regresa y aprovecha la escala de su vapor en la isla para permanecer una temporada y escribir sus reflexiones, no solo de Tenerife sino también de Gran Canaria. Tal vez esto también sucediera con el capitán del Primer Regimiento de la India, A. Burton Ellis, que incluso moriría en Santa Cruz de Tenerife el 5 de marzo de 1894. El viaje diplomático también forma parte de la visita. Donald Mackenzie, último comisionado especial de la *British and Foreign Society* para Zanzíbar, África del Este y Mar Rojo y fundador de la colonia británica en Cabo Juby (Tarfaya), escribió sobre las Islas mientras las visitó en varias ocasiones por razones diplomáticas.

Hay quienes lo hicieron por razones profesionales. Esos fueron sin duda Alfred Samler Brown y J. H. T. Ellerbeck. Dado el constante flujo de pasajeros, tanto uno como el otro, se trasladan con el objetivo de elaborar una guía turística, aunque las de Alfred

Samler Brown tuvieron un mayor alcance. Su guía conocerá 14 ediciones. La primera en 1889 y última en 1932. Permaneció aquí y en la Ciudad del Cabo por problemas de salud. Por su parte, los hermanos Ellerbeck vendían sus fotos tomadas en las Islas en su tienda de Liverpool, además de las guías sobre las Islas.

Entre los aventureros destacaría Richard Francis Burton (1821-1900), quizá el explorador, viajero y aventurero que más destacó durante esta época, y que junto a John Hanning Speek, realizó la interesante expedición en busca de las fuentes del Nilo. Charles Edwardes, Harold Lee, *Lady* Brassey, Olivia Stone y otros visitaron el Archipiélago por los mismos motivos. No obstante, si para los ingleses Richard Francis Burton puede ser el mayor de los viajeros aventureros de la época victoriana, para nosotros el mayor de ellos fue Olivia Stone por ser la única viajera (y viajero) que penetró en los rincones más alejados de las siete islas para descubrir, como afirma Jonathan Allen en el prólogo de la versión castellana de su obra *Tenerife and its Six Satellites*, la geografía interior del Archipiélago. En este sentido la pareja de los Stone –Olivia vino acompañada de su marido John Harris, al cual se le debe también parte del texto escrito– puede ser considerada exploradora, si consideramos la figura del explorador a alguien que llegaba a lugares a los que ningún viajero había estado antes, además de ser una intrépida viajera. Sobre un caballo, con un cuaderno de notas, un lápiz y una cámara fotográfica, valiéndose de una caseta de campaña y el mapa del Almirantazgo británico, ella y su marido se desplazaron a los interiores de las Islas y a su paso examinan a la gente, sus costumbres, los valores morales, creencias, etc., a la luz de su propia experiencia intelectual y humana. Como resultado, ofrece una exhaustiva descripción de la realidad histórica de las Islas, así como un precioso documento de alto valor histórico, etnográfico y antropológico.

Es el momento de la incorporación de las *ladies* victorianas de clase media y alta, para quienes el viaje significaba un gesto individual de liberación, de conquista de un espacio social que hasta entonces no habían disfrutado. Viajar les proporcionaba la experiencia de nuevas vivencias en tierras desconocidas. Nadie mejor que Mary Kingsley lo refleja cuando en 1894 escribe desde Las Palmas a su amiga de infancia Hatty Johnson: «Cuanto más lejos estoy fuera en la mar, más maravillosa y perfectamente me encuentro. Me siento tan libremente a mis anchas, sentada y relajada, disfrutando por mi cuenta del lugar. Es tan bello para mí el ver sola Tenerife, Madeira, La Palma y Lanzarote, una serie de encantadores lugares tan diferentes a la bella Inglaterra en su forma y color. Es el mayor de los cambios».

Sin embargo, en el siglo XIX el viaje por razones científicas ocupa un destacado lugar. La historia natural de las Islas seguía sin estar estudiada del todo. Botánicos como Philip Barker Webb, Charles James Fox Bunbury; geólogos como Charles Lyell; o astrónomos como el escocés Charles Piazzi Smyth; naturalistas como el entomólogo John Obadiah Westwood, Thomas Vernon Wollaston, el ornitólogo Edmund G. B. Meade Waldo y muchos otros, acudieron al Archipiélago en busca de materiales para sus trabajos de investigación de la naturaleza canaria y en general el resto de las islas de la Macaronesia. Pero el triunfo del evolucionismo y los éxitos de las incursiones en África originaron a partir de 1850 las visitas de un gran número de científicos, exploradores y aventureros interesados por la historia natural de las tierras africanas y su relación con las islas, no solo de Canarias sino de toda la Macaronesia. Por consiguiente, muchos naturalistas y botánicos se interesaron por este aspecto novedoso del estudio del espacio natural del área. En ese sentido, la geología y la flora alcanzaron una gran importancia, Joseph Dalton Hooker, John Ball y su amigo Charles Lyell, y algunos más se encargarían de su estudio. A partir de 1850 destacaron dos aspectos de la naturaleza canaria que van a despertar el interés de los victorianos: el Teide y el clima.

El Teide, que ya había llamado poderosamente la atención a los comerciantes y viajeros del siglo XVII y a los naturalistas del siglo XVIII, seguía siendo un atractivo, un objeto de estudio para los viajeros decimonónicos, tratado en ocasiones en la serie de VIAJEROS... En líneas generales, la ascensión al Teide aún seguía siendo la mayor fuerza de atracción de los viajeros y viajeras, pues eran los años en que subir las montañas se había convertido en una moda entre los viajeros. Por tal razón, todos padecían la «picomanía». Elizabeth Murray<sup>1</sup> acuñó el término «picomanía» al referirse a los viajeros atraídos por la contemplación del Teide, que gozando de buena salud, su auténtica obsesión era ver y poder subir el Pico del Teide, y los que no pudieron acercarse más allá de La Matanza, al contemplarlo desde allí, sentían admiración:

*El extranjero en Tenerife generalmente está obsesionado por una sola idea. Ante ella, todo lo demás, aunque interesante, queda olvidado y, una vez que ha satisfecho su curiosidad, piensa que las demás son demasiado insignificantes como para ser tenidas en cuenta. No se siente satisfecho hasta que contempla el Pico y, una vez saciada su curiosidad, desprecia todo. Muchos también quedan contentos con haber visto la escarpada mole simplemente a través de la ventana, incluso de las macetas que las adornan. El gran objetivo de su viaje se ha alcanzado y no hay nada más que ver. Si uno de estos cómodos viajeros resulta ser un inglés, como con toda probabilidad lo será, exclamará ¡He visto el Pico!.*

#### *La ciencia victoriana en Canarias*

Vamos a ocuparnos en este artículo de cierre de la serie VIAJEROS POR LAS ISLAS CANARIAS en varios viajeros victorianos que por determinadas razones no procedían a su atención en el serial, pero no por ello fueron menos importantes, todo lo contrario. Todos mostraron un gran interés por el mundo que les rodeaba, sus obras ofrecían una representación de todo lo mítico de las Islas, lo llamativo de su flora, del clima, el pasado legendario de una cultura aborígen extinta, etc. La vegetación fue siempre de interés, no solamente entre los científicos sino también de los viajeros en general. Desde esta perspectiva, las visitas para ver el legendario Drago de Franchi (Marqués del Sauzal) en La Orotava y después de su destrucción, el de Icod, eran obligatorias. Con el mismo afán que sintieron por estos dos elementos simbólicos de las Islas (Teide y Drago), fue el paisaje insular, sus formas y variedad. Los espacios naturales les permitieron contemplar un paisaje, cuya belleza, en ocasiones, fue cuestionada por algunos. La acción del isleño practicada desde siglos sobre el medio natural para la explotación agrícola había originado una deforestación alarmante. Prácticamente todos los viajeros (Olivia Stone, Isaac y Frances Latimer, Charles Edwardes, Paget Thurstan, Ernest Hart, entre otros) destacaron la escasez de arboleda. El paisaje también sufrió un notable cambio a raíz del impacto ambiental ocasionado con la introducción del nopal para la cría de la cochinilla. Continuaron los desmontes; comienza el escalonamiento de la superficie con muros de piedras para lograr la disposición horizontal del terreno, etc. A partir de estos momentos la estética del paisaje ya no estaba acorde con la sensibilidad de los viajeros británicos. El paisaje se transforma en uno más monótono, pobre y antiestético.

El estudio de la geografía y climatología insular con fines médicos constituye la parte más importante del viaje de carácter científico en el último cuarto del siglo XIX. La preocupación por la medición de temperaturas a diferentes altitudes fue lo que abrazó el mayor interés. Las experiencias climatoterapéuticas realizadas en Europa y el temprano descubrimiento de la benignidad del clima de Madeira animaron a prestigiosos médicos y

naturalistas a profundizar en el análisis del clima canario y su influencia en la salud. De esa manera, comenzaron a interesarse por el Archipiélago canario doctores como *sir* James Clark, aunque éste no visitó las Islas, el irlandés William Robert Wills Wilde, William White Cooper, William Marcet, Ernest Hart, Cleasby Taylor, Morell Mackenzie, Mordey Douglas, Coupland Taylor, Paget Thurstan, Briand Melland, entre otros. Sus estudios permiten dar a luz unos conocimientos científicos del clima de Canarias y su relación con la medicina del momento. Serán ellos quienes descubren las ventajas terapéuticas del clima de las Islas, establecen las bases de la futura climatología insular y convierten a Tenerife y Gran Canaria en los nuevos *health resorts* (centros médico-turísticos) más al sur de Madeira, es decir, en dos nuevos “centros turísticos”, concretamente el Puerto de la Cruz en Tenerife y Las Palmas en Gran Canaria.

Para no haber viajado a Tenerife, James Clark tenía un perfecto conocimiento de la isla, muy posiblemente por las tablas facilitadas de registro de la temperatura media del Puerto de la Cruz realizadas por el residente británico Charles Smith en el año 1834 desde Sitio Litre, su residencia. Otros ya han sido tratados en la serie de VIAJEROS POR LAS ISLAS CANARIAS como fueron William White Cooper, William Wilde, William Marcet, Ernest Hart, Morell Mackenzie, Briand Melland. Sin embargo, hubo algunos no tratados como el médico de Edimburgo Herbert Coupland Taylor, Juez de Paz de Lancashire y Yorkshire, que se dedicó desde muy joven a los estudios de la climatoterapia. Durante su corta vida (1855-1891) colaboró con la revista *British Medical Journal* dirigida por Ernest Hart y estuvo en el Puerto de la Cruz desde diciembre de 1887 hasta marzo de 1888, realizando registros meteorológicos para su tesis doctoral *The Ocean as a Health Resort in Phthisis*. Durante su estancia en la isla estudió las horas diarias de sol, la temperatura máxima y mínima, la variación media de la temperatura de cada día, la temperatura media de cada mes, entre otros estudios. Los experimentos de Coupland Taylor en los diferentes centros de salud, recogidos en su obra *Wandering in Search of Health, or Medical and Meteorological Notes on various Health Resorts*, publicado en 1890, fue una gran contribución a las ciencias de la medicina y la meteorología.

Otro escocés de nacimiento, era John Cleasby Taylor, médico, además, bioquímico, profesor de la Universidad de Edimburgo, miembro de la *Royal Meteorological Society* y de la *Royal College* de Cirujanos de Inglaterra. Prestaba servicios médicos en el hotel Metropol de la ciudad de Leeds. Cleasby Taylor viajó por primera vez a Gran Canaria entre octubre de 1888 y mayo de 1889. Producto de su estancia fueron las observaciones meteorológicas leídas en la Sección de Farmacología y Terapéutica en el congreso anual de la *British Medical Association* de Leeds en agosto de 1889 bajo el título de *Grand Canary its climate and springs*. En 1901 se estableció en Las Palmas de Gran Canaria hasta 1912, año en que regresó a Londres para continuar la profesión de medicina. Mientras estuvo en Las Palmas instaló por su cuenta una *Nursing Home*, una especie de *boarding house* de atención médica para enfermos atendidos por expertas enfermeras traídas de Inglaterra por él. Cleasby Taylor fue el único médico que realizó, junto con Brian Melland, un análisis exhaustivo de los elementos climáticos de Las Palmas de Gran Canaria: temperaturas, precipitaciones, vientos, nubosidad, estados de la mar, insolación y las propiedades bioquímicas de las aguas de Santa Catalina, Firgas y Agaete.

También en el Puerto de la Cruz se hicieron las analíticas de las aguas de sus dos fuentes: San Telmo y Martiánez, considerada esta última como la más pura y mejor de la isla, según palabras de Olivia Stone. Las aguas de Martiánez eran muy usadas por los naturales y por la mayoría de los turistas. Su pureza fue realzada por Edward

Frankland, prestigioso químico de la Escuela de Minas de Londres e inspector del Gobierno de Inglaterra para el análisis de las diferentes aguas importadas a Londres desde 1865 hasta 1876. Edward Frankland y los profesores Perham. R. Ogle y J. Alfred Wanklyn eran los químicos especialistas en analíticas de aguas y su uso sanitario más destacados de Inglaterra.

Alrededor de 1894 fueron analizadas las aguas de la otra fuente, San Telmo. Las aguas brotaban de la cueva debajo de la iglesia de San Telmo y su analítica la realizó el farmacéutico inglés John Attfield de Londres. Nacido en 1835, Attfield fue uno de los más notables hombres de farmacia de Gran Bretaña. Publicó un manual de química, que conoció diecisiete ediciones en treinta años, setenta artículos y fue fundador de la *British Pharmaceutical Conference* y por muchos años estuvo encargado de la revista *Transactions*, 17 como secretario, y dos veces como presidente. Murió en marzo de 1911. Attfield descubrió los efectos purgantes de las aguas de San Telmo. Además, las aguas tenían extraordinarias cualidades para el beneficio de las afecciones reumáticas y desarreglos cutáneos. Por tales razones, un gran número de personas se dirigía a ellas cuando la marea estaba baja para beneficiarse de sus propiedades medicinales, llegando el cónsul británico en la isla, Samuel H. Harford, a considerarlo un serio rival de las aguas de St. Winifred y Lourdes<sup>2</sup>.

El abanico de temas que ocuparon los viajeros fue amplio. Analizaron el desarrollo histórico de las Islas desde la conquista. Hicieron un análisis minucioso de la cría y explotación de la cochinilla. Supieron valorar el alcance de su explotación. Los objetos de interés artísticos (principalmente la arquitectura eclesiástica y la escultura) despertaron su atención. La cultura guanche fue objeto de investigación y curiosidad. El conocimiento en ellos de los avances de la antropología y la teoría evolucionista de Darwin, invitaba a buscar restos y hallar similitudes de los actuales habitantes de las Islas con sus antepasados. Muchos de estos temas los hemos visto parcialmente en los diferentes viajeros tratados en el serial. Sin embargo, en el último cuarto de siglo XIX fue la climatología la que más se vio beneficiada, hasta tal punto que supuso el establecimiento de las bases de la Geografía Física de Canarias.

---

<sup>1</sup> En la última entrega de la serie de VIAJEROS POR LA ISLAS CANARIAS, correspondiente al nº 50, (La Prensa, EL DÍA 18-V-2019) aparece la figura de la mujer ilustrando la primera página como si fuera Elizabeth Murray, cuando realmente es una “Española en mantilla”, dibujo de Elizabeth Murray, conservado en el Victoria and Albert Museum (Londres). Se envió la nota de pie de foto, pero no se publicó, de ahí la confusión que pudo original a los lectores.

<sup>2</sup> Sobre las analíticas de las aguas de los nacientes en las Islas verse mi libro *Clima y Medicina. Los orígenes del turismo en Canarias* (2007). Santa Cruz de Tenerife. Idea Ediciones.